

Clausewitz-Foucault: apuntes para un debate inexistente.

Damián Pierbattisti.

Cita:

Damián Pierbattisti (2007). *Clausewitz-Foucault: apuntes para un debate inexistente*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/505>

Clausewitz-Foucault: apuntes para un debate inexistente

Damián Pierbattisti

Instituto de Investigaciones "Gino Germani". U.B.A.

damianpierbattisti@fibertel.com.ar, damianpierba@hotmail.com

Incluso cuando escribiéramos la historia de la paz y de sus instituciones, no escribiríamos otra cosa que la historia de la guerra"¹

INTRODUCCION

Desde hace muchos años me interesa investigar una ausencia. Muchos investigadores en Ciencias Sociales, comentaristas, filósofos, etc. se preocuparon con especial ahínco, y con éxito dispar, en historizar las múltiples influencias teóricas, filosóficas, políticas, literarias, que nutrieron y atravesaron la formación de Michel Foucault. El sentido evidente de tales esfuerzos está anclado en descubrir el sello particular de cada trazo grueso, y no tanto, que en la vasta obra foucaultiana pudo haber impreso cada intelectual o investigador en particular.

Desde luego, en absoluto se discute ni la legitimidad ni la pertinencia de tales intereses. Más aún, tales inquietudes pueden resultar, aunque no necesariamente, sumamente interesantes para profundizar ciertas perspectivas teóricas e investigativas que por diversas razones Foucault no prolongó y de esta manera poder abrir un nuevo campo de reflexión, entendiendo los posibles límites que el genial filósofo francés haya encontrado en su camino.

En tal sentido, y retomando el postulado inicial, el sentido oculto de la ausencia sobre la que quisiera extenderme en esta ponencia remite a un autor que, al menos para mí, presenta un carácter relevante en la obra de Michel Foucault, en sus investigaciones, en los términos que el propio Foucault utiliza para referirse a ciertas situaciones que hacen a la dinámica misma del poder donde la lejana estela del general prusiano se deja adivinar sin mucho esfuerzo. Pues bien, la célebre ausencia tiene nombre y apellido y se llama Carl Von Clausewitz.

Considero que los motivos por los cuales prácticamente nadie se interesó en reflexionar acerca de la relación Clausewitz-Foucault son de naturaleza diferente, bien variados por cierto. En principio debemos señalar que una razón inmediata aparece, como factor primero, que nos explica sencillamente por qué suscitó tan poco entusiasmo tal vínculo teórico, el que procura articular las investigaciones foucaultianas con el modelo de la guerra: si alguna vez lo fue, evidentemente ya no es tan convocante leer a Clausewitz. Es cierto que no existe preocupación alguna por evitar reducir la frondosa y atrapante densidad de las 800 páginas de "De la guerra", al célebre apotegma² que Foucault se

ocupa de invertir en el primer curso del Seminario de 1976 que asumió el nombre de “Il faut défendre la société”³.

No obstante, esto no nos exime de utilizar, incluso en el habla corriente, términos cuya inscripción inmediata nos remiten al campo de la guerra: táctica, estrategia, disciplina, iniciativa, ataque, defensa, repliegue, tregua, territorio, etc. De modo tal que, si bien no ocurre lo mismo que con otros autores donde la vulgata que circula sobre aquellos queda restringida a la humilde grey de seguidores, en el caso de la guerra los términos que se emplean normalmente para designar diversas situaciones, desde las más cotidianas, coloquiales y banales hasta la sofisticación más acabada del mejor análisis de coyuntura, la extensión misma de tales términos vuelve particularmente difícil construir, con rigor, una reflexión acorde a los conceptos que se utilizan. Considero que el imprescindible rigor que exige la adecuada utilización de los términos mencionados, abre una perspectiva más que interesante y sugerente de la obra de Michel Foucault.

INICIATIVA POLITICA Y DISPOSITIVO DE PODER

Intentar poner en relación el modelo de la guerra desarrollado por Clausewitz y los avances en el campo del conocimiento acerca del funcionamiento objetivo del poder que produjo Foucault, a partir de mis investigaciones, supone una serie de desplazamientos teóricos de los que intentaré ocuparme en esta ponencia⁴. Por otra parte, es una ocasión propicia para compartir reflexiones en torno a una multitud de ideas que pueden volverse sugerentes entre colegas convocados por preocupaciones similares a las nuestras.

Analicemos lo que sigue a continuación: “Yo creo que una de las cosas importantes es que justamente todas estas preocupaciones concernientes al cuerpo, la salud, la normalidad, la burguesía se ocupó de este problema por ella misma, por su descendencia, por sus niños, por las personas que formaban parte de este grupo; es poco a poco que se fueron aplicando procedimientos de normalización a otras clases sociales, en particular el proletariado [...] Estas relaciones de poder alcanzan a organizarse en una especie de figura global, a pesar de su complejidad y de su diversidad. Se podría decir que es la dominación de la clase burguesa o ciertos elementos de la clase burguesa sobre el cuerpo social. Pero yo no creo que sea la clase burguesa o tales elementos de la clase burguesa los que imponen el conjunto de estas relaciones de poder. Digamos que ella las aprovecha, las utiliza, las desvía, que intenta intensificar ciertas de estas relaciones de poder o que intenta, por el contrario, atenuar ciertas otras. Por lo tanto, no hay un centro único desde el cual saldrían, como por emanación, todas estas relaciones de poder las que, en total, vuelven posible la dominación de una clase sobre otra, de un grupo sobre otro” (Foucault 2001: 376).

El interés que manifiesta Foucault en este artículo es congruente con el programa investigativo que se propone llevar a cabo, a mi juicio, desde 1973 hasta 1979: volver observable la relación plusvalía-subpoder. En la 5ª y última conferencia de “La verdad y las formas jurídicas”, Foucault plantea que para

que exista la posibilidad de que los cuerpos sean explotados en tanto que fuerza de trabajo existe, necesariamente y como condición de posibilidad, todo un subpoder que la genere; una compleja red articulada por medio de múltiples y variados mecanismos a partir de los cuales tales cuerpos serán construidos en tanto que útiles y productivos, “útiles en la medida de su docilidad, dóciles en la medida de su utilidad” (Foucault 1975: 162). Los diversos aparatos del poder disciplinario se ocuparán de trabajar a ese cuerpo hasta el extremo mismo de la meticulosidad, al tiempo que se construye una noción que es inescindible de la regularidad propia que la expoliación capitalista le imprime al cuerpo: la norma.

La exigencia de la producción de bienes y cuerpos en la formación social en la que vivimos, la prescripta regularidad de los comportamientos, la cooptación y procesamiento social de los cuerpos bajo este complejo modo de producción estipula, inevitablemente, una serie de “normas” en virtud de las cuales la heterogeneidad de los cuerpos será procesada, a imagen y semejanza de ciertos parámetros de conducta fuera de los cuales acucia lo patológico. No quisiera extenderme más en aspectos de la obra de Foucault que son conocidos por todos. En absoluto pretendo construir cualquier tipo de complicidad espúrea sino tan solo propongo avanzar directamente, una vez que aludimos a la relación plusvalía-subpoder, a formular con toda claridad mis desplazamientos respecto de lectura que de Clausewitz, hace Foucault.

Foucault intenta volver observable la dimensión “poder” no sólo a partir del funcionamiento articulado, en red, de diferentes mecanismos que producen permanentes efectos de individualización, control, registro de los cuerpos, sino que a su vez intenta construir una dimensión susceptible de observar lo siguiente: “... Lo que define una relación de poder es un modo de acción que no actúa directa e inmediatamente sobre los otros, sino que actúa sobre su propia acción. Una acción sobre la acción, sobre acciones eventuales o concretas, futuras o presentes. Una relación de violencia actúa sobre un cuerpo, sobre cosas: esta fuerza, doblega, quiebra, destruye, encierra todas las posibilidades; su otro polo es la pasividad, y si encuentra una resistencia no tiene otra opción que reducirla. Una relación de poder, por el contrario, se articula sobre dos elementos que son indispensables para sea justamente una relación de poder: que ‘el otro’ (aquel sobre el cual se ejerce) sea reconocido y permanezca hasta el final como sujeto de la acción; y que se abra ante la relación de poder todo un campo de respuestas, reacciones, efectos, invenciones posibles [...] El ejercicio del poder puede suscitar tanta aceptación como se quiera: puede acumular los muertos y protegerse detrás de todas las amenazas que pueda imaginar. El poder no es en sí mismo una violencia que en ocasiones podría ocultarse, ni un consentimiento que se reconduciría implícitamente. Es un conjunto de acciones sobre acciones posibles: opera en el terreno de la posibilidad donde se inscribe el comportamiento de los sujetos que actúan: incita, induce, desvía, facilita o vuelve más difícil, amplía o limita, hace que las cosas sean más o menos probables; en última instancia, obliga o impide terminantemente; pero siempre es una manera de actuar sobre uno o sobre varios sujetos activos, y esto en tanto que actúan o son susceptibles de actuar. Una acción sobre acciones” (Foucault 2001: 1055-1056).

Por lo tanto, creemos que las sugerencias que Foucault nos realiza permanentemente para avanzar en el campo de la investigación en Ciencias Sociales, en este punto chocan ante ciertos límites de difícil resolución, al menos al interior de la lógica foucaultiana. Para decirlo más claramente, la ausencia de la noción de “iniciativa política” es lo que vuelve un tanto confusa, lábil y hasta bastante débil la posibilidad de volver observable el campo sobre el cual se ejerce la limitación del margen de maniobra de un cuerpo.

Si el campo del poder está directamente ligado a la coacción que ciertos mecanismos ejercen sobre los cuerpos de los otros, tales mecanismos deben ser pensados desde una posición que involucre una iniciativa ligada al campo de la apropiación. En tal sentido, creo que la lectura que hace Foucault de Clausewitz es particularmente interesante en ese punto: pero más por lo que oculta que por lo que saca a relucir. Me resulta imposible que una lectura acabada de Clausewitz, de la teoría de la guerra moderna por excelencia, se realice sobre fondo de la anulación de los dos gestos a partir de cuyo carácter se define la guerra: las nociones de ataque y defensa. En tal sentido, la apropiación del objeto por cuya defensa comienza la guerra, se transforma en un elemento central para pensar la direccionalidad que asumen las continuas mutaciones en los mecanismos y aparatos que hacen al ejercicio mismo del poder, afirmando junto con Foucault que tal dimensión supone la construcción de un espacio regulado dentro del cual el comportamiento del otro intenta ser restringido al inequívoco ámbito de lo esperable. Puesto que nuestro punto de partida, nuestra sugerencia teórico–metodológica por excelencia postula que la lucha de clases comienza por un enfrentamiento entre los cuerpos, la obra de Foucault nos brinda la posibilidad de avanzar enormemente en tal dirección, bajo el presupuesto, y el deber histórico y moral, de corregir aquellos postulados que estimamos susceptibles de ser enriquecidos en función de nuestra tarea en tanto que investigadores en Ciencias Sociales.

Si nos permitimos asumir un cuerpo como la superficie sobre la que se inscribe el poder político y que el ejercicio mismo del poder supone ya un acto de resistencia (Foucault 1976: 126)⁵, los recursos de los que dispone cada cuerpo para ejercerla pasará a ser un elemento central imposible de ignorar. Por lo cual, la pertenencia de pensar desde una situación de ataque o de defensa, necesariamente, debe involucrar desplazamientos que no pueden ser pasados por alto; lo cual, por supuesto, no supone en absoluto renunciar a los avances producidos por el propio Foucault sino más bien a reforzarlos.

Propongo que desde la perspectiva sugerida abordemos un campo bien específico como lo fue, y lo continúa siendo, la privatización de ENTEL y el dispositivo de poder montado con el fin de volver a los cuerpos los más productivos posibles; a la vez que se producía una transformación de la cultura de trabajo cuyos efectos y alcances fueron particularmente inhumanos. En principio, procuremos desentrañar el objetivo que persiguió el capital al imponer una determinada identidad social fuertemente estigmatizada: la fuerza de trabajo que se había formado bajo la égida del Estado pasó a ser considerada negativamente a partir de adjetivos denigrantes y humillantes («vagos», «indolentes», «perezosos», «ladrones», «mafiosos», y una larga lista de etcéteras de similar calibre). En primer lugar, debemos observar que tal

atribución identitaria se inscribe en la cita que tomamos de la obra de Foucault, donde éste define la noción de poder. En efecto, mediante este acto de atribución de identidades el capital persiguió dos grandes objetivos tácticos: construir una instancia de examen que clasifique, separe, categorice, los cuerpos que estarían en potenciales condiciones de ser reconvertidos a la vez que se los neutralizaba políticamente a partir de una situación de profundo desarme moral⁶. Los cuerpos estigmatizados no pudieron expresar fuerza alguna sino que fueron arrojados a la disciplinada intemperie de una cultura de la supervivencia, signo inequívoco de la desafiliación social sufrida como castigo por no haber estado a la altura. La incapacidad que demostraron los cuerpos estigmatizados por enfrentar esa coyuntura no sólo puso de relieve la eficacia de un dispositivo de poder que desde el principio se organizó a partir de un complejo andamiaje de desprecio y humillación: también dio cuenta de la pertinencia de pensar la libertad como producción objetiva de la doctrina de gobierno liberal a partir de la articulación entre los mecanismos disciplinarios y los dispositivos de seguridad.⁷

De modo tal que la construcción de una instancia de examen es paralela al desarme moral de los cuerpos a través de un dispositivo que yo me permití llamar “dispositivo de encierro discursivo”, dado que el objetivo del mismo apuntaba a impedir que los cuerpos expresen, potencialmente, las fuerzas de una identidad social nacida al calor de décadas de confrontación social y cuya retaguardia estaba siendo duramente golpeada. Es a partir de estos indicadores que nos vimos obligados a producir ciertos reajustes significativos en la obra de Foucault, concernientes no sólo a los medios de los que dispone la resistencia de un cuerpo para poder ejercerla sino también a la consideración misma de la noción de dispositivo de poder.

Con respecto a estos dos últimos puntos, observemos en primer lugar que la búsqueda en desarmar un cuerpo supone una serie de mecanismos tendientes a volver previsible, susceptibles de ser anticipados, los comportamientos que de tales cuerpos se esperan. Es a partir de tales indicadores que no debemos dejar de lado, bajo ningún punto de vista, el rol que cumplen, en tal dispositivo, los mecanismos disciplinarios pero tomando el recaudo de observar la íntima relación que guarda la producción de una compleja tecnología del registro con el ámbito de una libertad suscitada en cierta dirección⁸. Es la técnica del examen, la que define al poder disciplinario por antonomasia, concentrando en su ejercicio la vigilancia jerárquica junto a la sanción disciplinadora sobre la que recaerá no sólo la tarea de clasificar, seleccionar y reclutar cuerpos sino también la que encontrará la fuente de su legitimación en un hecho objetivo: las transformaciones tecnológicas, es decir, la relación de los cuerpos mediadas por las cosas.⁹

Es preciso romper el cerco que supondría detenerse en los mecanismos que el capital instauro en una territorialidad determinada, una empresa en particular, para llevar nuestro análisis al campo de la producción misma de lo social, del procesamiento de los cuerpos que supone la formación social capitalista, susceptible de operacionalizarse bajo ciertas formas de gobierno. A decir verdad, el primer ataque a la retaguardia obrera estuvo dado en la expropiación de la noción “de empleo de por vida” y en la consiguiente imposición de la

“empleabilidad”. Tal mutación epistemológica no supone un simpático tránsito semántico: esconde las condiciones de posibilidad de pensar el despliegue de la teoría del capital humano como modelo del hombre neoliberal.

En su notable trabajo sobre la obra de Michel Foucault, Edgardo Castro construye una adecuada lectura de la noción de “dispositivo”. Allí enumera cinco elementos a través de los cuales define el concepto que aquí nos ocupa, a saber: “1) El dispositivo es la red de relaciones que se puede establecer entre elementos heterogéneos: discursos, instituciones, arquitectura, reglamentos, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas, lo dicho y lo no-dicho. 2) El dispositivo establece la naturaleza del nexo que puede existir entre estos elementos heterogéneos. Por ejemplo, el discurso puede aparecer como programa de una institución, como un elemento que puede justificar u ocultar una práctica, o funcionar como una interpretación a posteriori de esta práctica, ofrecerle un campo nuevo de racionalidad. 3) Se trata de una formación que en un momento dado ha tenido por función responder a una urgencia. El dispositivo tiene así una función estratégica, como, por ejemplo, la reabsorción de una masa de población flotante que era excesiva para una economía mercantilista (este imperativo estratégico jugó como la matriz de un dispositivo que se convirtió poco a poco en el control-sujeción de la locura, de la enfermedad mental, de la neurosis). 4) Además de definirse por la estructura de elementos heterogéneos, un dispositivo se define por su génesis. Foucault distingue al respecto dos momentos esenciales: un primer momento del predominio del objetivo estratégico; un segundo momento de la constitución del dispositivo propiamente dicho. 5) El dispositivo, una vez constituido, permanece tal en la medida en que tiene lugar un proceso de sobredeterminación funcional: cada efecto, positivo o negativo, querido o no querido, entra en resonancia o contradicción con los otros y exige un reajuste” (Castro 2004: 98-99).

Yo propondré un nivel de análisis diferente que bien puede complementar el excelente aporte de Castro. Sugiero que abordemos un dispositivo de poder como el momento en el que se realiza políticamente la victoria de uno de los bandos de la guerra. A tales efectos, sigo la sabia prudencia de Clausewitz, que en absoluto desconoce el capital: “el punto en el que el ataque se transforma en defensa es, por consiguiente, el fin natural de todo plan particular de campaña” (Clausewitz 1998: 662-663). La construcción de la paz no es un efecto que se deriva inmediatamente, casi como una precondition biológica inscrita en el código genético de la victoria militar: obtener la victoria militar es una cosa y realizarla políticamente otra muy distinta. Por lo tanto, tales momentos son bien diferenciados; la paz supone una compleja y permanente construcción de la que no esta exenta la normalización en el ejercicio de una violencia simbólica, y susceptible de ser simbolizada, que asume como resguardo, acumulación inmediata, el bando que detenta la iniciativa política: forma social de reactualizar la guerra en el campo de la paz¹⁰. En tal sentido, un observable inmediato que revela cuál es el campo que detenta tal iniciativa, susceptible de ser relevado desde lo discursivo, el aquel que tiene la capacidad de nombrar. El “cerco discursivo” que el capital le impuso a los cuerpos estigmatizados, los diferentes mecanismos que profundizaban la atomización social de los trabajadores, las instancias de examen para seleccionar, clasificar

y poder reclutar cuerpos “aptos” para el trabajo en un medio privado, que asumió la forma de “reconversión”, constituyó un dispositivo de poder que pudo llevarse a cabo, solamente, una vez que los cuerpos fueron expropiados de la voluntad de combatir.

No pretendo, desde esta perspectiva, establecer una noción de “dispositivo de poder” que altere por completo los avances que produjo Michel Foucault. Antes propongo un desplazamiento que observo como fruto de mi investigación y que, necesariamente, debe incorporar el modelo de la guerra no desde el detenido esquema que congela el enfrentamiento a muerte, el duelo a gran escala, a una escena cuya resolución constituye el objeto de las investigaciones en Ciencias Sociales sino desde una perspectiva dinámica que atraviese el vasto campo de la producción de lo social y de la forma en la que se constituye aquello que se llama el “poder”, como forma particular de relación que asumen los cuerpos al interior de la especie humana.

ACERCA DE LA ESTRATEGIA

Comprendo muy bien la posible incomodidad que pueda generar este posicionamiento y anticipo no pocas críticas. Pero también considero que desde la obra de Michel Foucault, investigar en Ciencias Sociales desde una perspectiva como la que estoy intentando construir queda por trabajar con el debido rigor (revisemos la cita extraída de “Le pouvoir, une bête magnifique”). No se trata de pensar que los mecanismos de poder descritos por Foucault, y que cortan transversalmente esa entidad difusa cual es sociedad, puedan ser detentados por grupo alguno, clase, nucleamiento humano del orden que fuese. Simplemente intento pensar, y fundamentalmente volver observable, que los modos de cooptación de tales mecanismos por ciertos grupos sociales no pueden ser pensados por fuera de lo que podríamos llamar “iniciativa política”, cuyos fundamentos debemos encontrarlos en el campo del procesamiento social de los cuerpos para volverlos en extremo productivos; es decir, sentar las bases de una teoría social acerca de la forma en la que se construye el poder y que involucre el modelo de la guerra de manera dinámica, en permanente modificación, opuesta en un todo a la foto que la restringe a los olvidados anaqueles de la historia.

Pensemos si es posible escindir un concepto como el de “normalización” de la iniciativa política que detenta, evidentemente, un nucleamiento humano que establece, mediante mecanismos diversos, complejos, los contornos mismos de la dimensión a la que aludía Foucault cuando se ocupó de definir el poder: acciones sobre otras acciones.

Tomemos por caso la forma en la que se normaliza una serie de comportamientos sociales al interior del espacio de trabajo posterior a la privatización de la empresa que se oponían en un todo al modelo anterior. La paulatina introducción del modelo de las competencias constituye el sustrato teórico sobre el que se edificará una profunda transformación de las normatividades laborales, suscitadas, precisamente, por el campo que procura

producir los cuerpos productivos a partir de los mecanismos que nos ocupamos de investigar.

No se trata de negar que el particular interés de Foucault radicaba en volver observable el funcionamiento objetivo del poder, de los mecanismos mediante los cuales se producía el campo de acciones de los otros, la forma en la que la individualidad era posible y la relación del sujeto, como construcción histórica, como fruto de tales mecanismos. Procuremos extender el cómo a pensar un por qué y un para qué, no en términos secuenciales sino simultáneos: única forma de medir la confrontación como fuerzas sociales en pugna. Analicemos lo que sigue: “Lo que hay que recordar es que la heterogeneidad no es jamás un principio de exclusión o, si ustedes quieren, la heterogeneidad no impide nunca ni la coexistencia ni la junción ni la conexión. Digamos que es precisamente en este tipo de análisis que se hace valer, que es preciso hacer valer, a riesgo de caer en el simplismo, una lógica que no sea una lógica dialéctica. Qué es una lógica dialéctica? la lógica dialéctica es una lógica que hace jugar términos contradictorios en el elemento de lo homogéneo. A esta lógica de la dialéctica yo les propongo sustituirla por una lógica que yo llamaré de la estrategia. Una lógica de la estrategia no hace valer términos contradictorios en un elemento de lo homogéneo que promete su resolución en una unidad. La lógica de la estrategia tiene por función establecer cuáles son las conexiones posibles entre términos discordantes. La lógica de la estrategia es la lógica de la conexión de lo heterogéneo; no es la lógica de la homogeneización de lo contradictorio. Rechacemos, pues, la lógica de la dialéctica e intentemos ver (en resumen, es lo que intentaré mostrarles en este curso) cuáles son las conexiones que pudieron hacer que se sostenga este conjunto, que han unido la axiomática fundamental de los derechos del hombre con el cálculo utilitario de la independencia de los gobernados” (Foucault 2004 b: 44).

Efectivamente, es esto precisamente lo que llevará a cabo Foucault en “Naissance de la biopolitique”. Considero que una lectura atenta de tal seminario pueda proporcionarnos no pocos elementos para incorporar los desplazamientos teóricos que propongo. En tal sentido, me resulta imposible pensar en la construcción de la teoría del capital humano escindida de los patrones de acumulación capitalistas que atravesaron, acompañando, la excelente descripción que produce Foucault de la relación mecanismos disciplinarios – dispositivos de seguridad donde el liberalismo se erige como la doctrina de gobierno propia del panoptismo (Foucault 2004 b: 69) desde el siglo XVIII hasta nuestros días.

Oponerle a la lógica dialéctica la lógica de la estrategia, implica asumir que aquello por lo cual tal lógica deviene posible estará dada por la forma en la que se distribuyan los encuentros, un cierto diseño en la organización de los pasos a partir de los cuales se llevará a cabo el plan fijado, la forma en la que se distribuirán las fuerzas, en fin, todo aquello que, en este punto, forma parte del campo de la táctica: “La estrategia es el uso del encuentro a los fines de la guerra. Ella debe, por consiguiente, fijar el conjunto del acto de guerra a un objetivo que corresponda al objeto de la guerra. Es decir que establece el plan de guerra y fija en función del fin en cuestión una serie de acciones propias

para conducirla allí; elabora, pues, los planes de las diferentes campañas y organiza los diferentes encuentros de ésta”. (Clausewitz 1998: 181).

Expresar con el rigor de verdad que exige remitirse al campo de la estrategia, postular una lógica que la determine como punto de partida implica, invariablemente, incorporar al campo de la reflexión y de la observación empírica dos dimensiones fundamentales, cruciales, que no sólo atraviesan el desenvolvimiento mismo de la guerra sino también a la constitución de las fuerzas materiales que se enfrentan en el vasto campo de batalla: “El «tiempo» es la forma concreta en la que se articula la existencia de una fuerza material, su proceso de formación y constitución, y sus relaciones con otras fuerzas materiales. La secuencia en que se constituye y se articula una fuerza material es el tiempo. Este elemento nos ayudará a constituir los verdaderos vectores de la dimensión tiempo en la lucha de clases. El «espacio» más que la referencia a la localización geográfica – que es la concepción en la que hemos sido construidos y que permanentemente nos gana – es la referencia a las «formas» constitutivas de las fuerzas materiales y su relación con otras. Pero entonces ¿cuál es la diferencia entre «tiempo» y «espacio»? Una cosa es observar la articulación de las fuerzas y otra es observar el proceso mismo de constitución de lo que se va articulando. Observar la articulación nos ayuda a construir nuestra dimensión temporal; al observar el proceso mismo de constitución, estamos construyendo la dimensión «espacio» [...] El «tiempo» y el «espacio» son atributos de existencia de estas fuerzas materiales concretas” (Marín 1984: 29).¹¹

CONCLUSIONES

En la presente ponencia no busqué sino compartir una serie de reflexiones sobre las que trabajo desde hace ya largos años. Los paulatinos, lentos y por demás costosos avances que iba logrando en mi investigación iban suscitando en mí la necesidad de producir ciertos desplazamientos teóricos que pudieran dar cuenta, de forma más acabada, de la extraordinaria riqueza, la apasionante originalidad del fenómeno social que enfrentaba.

Tenía, y no sé por qué acudo al pretérito imperfecto, un problema bastante serio sobre cuya resolución, entre tantos otros, seguramente se me irá la vida: de qué manera lograr que el cómo no quede reducido tan sólo a esa pregunta; que esa objetiva, y brillante, descripción del funcionamiento de eso que se llama poder, pueda involucrar el campo de la determinación política de cierto bando, nucleamiento humano en general, clase social, etc.? Es cierto que desde la fidelidad reclamada al pensamiento y la obra en general de Michel Foucault, mi planteo supone una ostensible herejía. No obstante, considero que es evidente, y el mismo Foucault lo plantea en infinidad de ocasiones, que si bien los mecanismos que él mismo se ocupa de describir, a partir de su rigurosa historización, atraviesan todas las relaciones sociales, no están localizados en punto alguno, no son propiedad de ninguna clase ni estamento social, a pesar de todo esto, y por esto mismo, creo que debemos pensar la noción de “iniciativa política” como forma posible de volver observables los modos mediante los cuales tales mecanismos son cooptados y puestos a funcionar en tal dirección, y no en otra posible.

Un avance no menor creo haber producido y su sola mención reconforta tantos años de tanto esfuerzo investigativo, enfrentando los miles de cercos que el capital impone para evitar que se investiguen los delgados y oscuros hilos sobre los que teje su inescrutable cadena de obediencias, lealtades, favores, complicidades, y varios etcéteras más: es imposible avanzar en la dirección propuesta si no se investiga, fácticamente, la constitución real del poder social. Puede parecer de una extrema puerilidad lo que señalo, pero ante la ola de comentadores de toda laya de la obra de Foucault, lo cual me parece más que legítimo más allá de mi escaso interés por la mayoría de ellos, circunscribir la pretendida “caja de herramientas” a una discusión entre eruditos es la mejor forma de empobrecerla, como así la de empobrecer el humano objetivo estratégico de nuestras investigaciones: que los que combatan la inhumanidad de la formación social en la que vivimos, combatan mejor.

BIBLIOGRAFIA

Clausewitz, Carl Von (1832): *De la guerre*. Paris : Editions de Minuit, 1998.

Foucault, Michel (1975) : *Surveiller et Punir*. Paris : Gallimard, 1975.

Foucault, Michel (1976) : *Il faut défendre la société*. Paris : Gallimard-Seuil, 1997.

Foucault, Michel (1976) : *Histoire de la sexualité I. La volonté de savoir*. Paris : Gallimard, 2000.

Foucault, Michel (1977) : Le pouvoir, une bête magnifique, en *Dits et écrits II*. Paris : Quarto-Gallimard, 2001.

Foucault, Michel (1977-1978) : *Sécurité, Territoire, Population*. Paris : Gallimard-Seuil, 2004.

Foucault, Michel (1979) : *Naissance de la biopolitique*. Paris : Gallimard-Seuil, 2004

Foucault, Michel (1982) : Le sujet et le pouvoir, en *Dits et écrits II*. Paris : Quarto-Gallimard, 2000.

Marín, Juan Carlos (1984): *Leyendo a Clausewitz*. Buenos Aires: CICSO, Serie Teoría N° 12

Marín, Juan Carlos (1985): *La noción de “polaridad” en los procesos de formación y realización de poder*. Buenos Aires: CICSO, Serie Teoría – Análisis N°8.

Marín, Juan Carlos (1995): *Conversaciones sobre el poder (una experiencia colectiva)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones “Gino Germani”. U.B.A.

Pierbattisti, Damián (2006): Privatizaciones y nuevas identidades en el trabajo: la estrategia de Telefónica, en *Revista Realidad Económica No. 217*. Buenos Aires, I.A.D.E.

Pierbattisti, Damián (2006): La privatización de ENTel y la transformación de las identidades en el trabajo: génesis del dispositivo neoliberal en Argentina, en *Documentos de Jóvenes Investigadores del Instituto "Gino Germani"* (Nº 10). Buenos Aires: Instituto "Gino Germani", U.B.A.

Pierbattisti, Damián (2007): Mecanismos disciplinarios, dispositivos de poder y neoliberalismo: formas de intervención sobre la fuerza de trabajo", en *Revista Herramienta* nº 34. Buenos Aires.

¹ Foucault 1997: 16.

² "La guerra es una simple continuación de la política por otros medios [...] La intención política es el fin mientras que la guerra es el medio, y no se puede concebir el medio independientemente del fin". Clausewitz 1998: 67.

³ "Tendríamos, pues, frente a la primera hipótesis – el mecanismo de poder es esencialmente la represión –, una segunda hipótesis que sería: el poder es la guerra es la guerra continuada por otros medios. En este punto invertiríamos la proposición de Clausewitz y diríamos que la política es la guerra continuada por otros medios". Foucault 1997: 16.

⁴ Ver particularmente Pierbattisti, Damián (2007): Mecanismos disciplinarios, dispositivos de poder y neoliberalismo: formas de intervención sobre la fuerza de trabajo", en *Revista "Herramienta"* nº 34. Buenos Aires.

⁵ "Allí donde hay poder hay resistencia y sin embargo, o más bien por esto mismo, esta no está jamás en posición de exterioridad con respecto al poder". Foucault 1976: 126.

⁶ Entendemos por desarme moral la ausencia de toda voluntad por combatir, fin ultimo de la guerra: expropiarle al campo enemigo la voluntad de combate. Para nosotros, el desarme moral no es escindible del desarme intelectual y político, los cuales están íntimamente vinculados entre sí solo que expresan dimensiones diferentes de lo social.

⁷ Reservaré, eventualmente, para la exposición oral de la presente ponencia esta articulación que me encuentro trabajando, con el debido rigor, en un libro de próxima aparición. Esto no me exime de remitir al lector a los dos últimos seminarios publicados en Francia en octubre de 2004 de todos aquellos que dicto Foucault en el Collège de France. Me refiero a "Sécurité, Territoire, Population" y "Naissance de la biopolitique", ambos editados por Gallimard-Seuil. El primero de ellos ya fue traducido al español.

⁸ Considero que los últimos dos seminarios de Michel Foucault a los que aludimos oportunamente es material de lectura obligatoria para todos aquellos que se dedican a investigar diferentes técnicas de *management* de la fuerza de trabajo como así también las formas en las que el capital organiza la producción misma (círculos de calidad total, trabajo en equipo, autonomización regulada de la fuerza de trabajo, etc.). Es fundamental avanzar en la construcción de un conocimiento que procure reconstruir desde el campo de la producción el dispositivo de poder por el cual encontramos una estrecha relación entre la teoría del capital humano y la noción de empresario de sí mismo que subyace bajo la formalización de la sociedad civil bajo el modelo de la empresa (a tales efectos ver, fundamentalmente, el curso del 14 de marzo de 1979 en "Naissance de la biopolitique").

⁹ El tránsito de las centrales electromecánicas (conocidas entre los trabajadores telefónicos como las "paso a paso") a las digitales, la irrupción de las PC's en detrimento de la máquina de escribir, alteró y resignificó, sensiblemente, las relaciones sociales al interior del espacio de trabajo. Considero que es fundamental investigar las relaciones entre los cuerpos a partir de las cosas y, con particular atención, los quiebres que se producen una vez que el orden material por el cual los cuerpos se relacionan, cambian drásticamente. Ver Marín, Juan Carlos (1995): Conversaciones sobre el poder (una experiencia colectiva). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones "Gino Germani". U.B.A.

¹⁰ Por supuesto que la paz no existe, es tan sólo un momento de la guerra y a tales efectos consideramos ese ilusorio y difundido concepto. En rigor, aquello que nos preocupa es la

victoria y su realización política, los indicadores a partir de los cuales podemos volver observables esta permanente preocupación del bando que detenta la iniciativa política.

¹¹ Subrayado en el original.